

Las raíces cortadas

(Victoria Kent y Clara Campoamor: cinco encuentros apócrifos)

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

VICTORIA KENT, *la niña.*

CLARA CAMPOAMOR, *la niña.*

VICTORIA KENT, *anciana.*

CLARA CAMPOAMOR, *a los 43 años.*

VICTORIA KENT, *a los 39 años.*

Acto I

Primer encuentro

En primer término, de espaldas al público, a izquierda y derecha del proscenio, las niñas CLARA CAMPOAMOR y VICTORIA KENT. CLARA lleva, sobre el vestido, una bata a cuadros. VICTORIA luce el uniforme de un colegio de monjas.

CLARA.- ¿Tú, cómo te llamas?

VICTORIA.- Victoria.

CLARA.- ¿Qué más?

VICTORIA.- Ken.

CLARA.- Que apellido tan raro.

VICTORIA.- Cuando sea mayor le añadiré una T al final. ¡Kent!

CLARA.- ¿Por qué?

VICTORIA.- Suena mejor. **(Como repitiendo lo oído a un adulto, con el tonillo propio de un niño repipi.)** Es más rotundo y sonoro y parece predestinado a la celebridad.

CLARA.- Yo me llamo Clara. Clara Campoamor...

VICTORIA.- Campo... ¿qué?

CLARA.- Campoamor.

VICTORIA.- Como el poeta.

**(CLARA pasa las páginas de una enciclopedia.
VICTORIA peina a una muñeca.)**

CLARA.- ¿A qué colegio vas?

VICTORIA.- Al de Nuestra Señora de las Mercedes.

CLARA.- ¿Es de monjas?

VICTORIA.- Sí, y muy triste. Desde que voy, se me han quitado las ganas de comer. Al curso que viene, no volveré. Me quedaré en casa y me pondrán un profesor particular.

CLARA.- ¿Qué quieres ser de mayor?

VICTORIA.- Lo que se me antoje.

CLARA.- Las mujeres que saben leer y escribir sólo pueden ser maestras de niñas, telegrafistas, telefonistas, estanqueras y cosas así. ¡Ah! Y reinas. ¿Qué eliges?

VICTORIA.- ¿Y tú?

CLARA.- Yo no quiero ser portera, como mi abuela. Cuando sea mayor, prefiero ser costurera, como mi madre.

VICTORIA.- ¿Tu madre cose?

CLARA.- Sí.

VICTORIA.- A mi madre le hace la ropa una modista.

(Pausa.)

CLARA.- A lo mejor me gusta más ser dependienta.

VICTORIA.- Mi padre tiene un comercio, pero yo no seré dependienta.

CLARA.- ¿Por qué?

VICTORIA.- Porque no me gusta.

CLARA.- Creo que a mí tampoco. Cuando sea mayor, no quiero ser modista, ni dependienta. Quiero ser telegrafista.

VICTORIA.- Yo seré Concepción Arenal.

CLARA.- ¿Qué hay que hacer para ser Concepción Arenal?

VICTORIA.- Lo mismo que hacía ella.

CLARA.- ¿Qué hacía?

VICTORIA.- Pregúntaselo a tu padre. Seguro que él lo sabe.

CLARA.- No quieres decírmelo.

VICTORIA.- Es que las dos no podemos ser Concepción Arenal.

CLARA.- ¿Por qué tienes que serlo tú y no yo?

VICTORIA.- Porque vas a ser telegrafista.

CLARA.- Cuando sea funcionaria del Cuerpo de Correos y Telégrafos del Ministerio de la Gobernación (**Respira hondo.**), ya no querré ser funcionaria del Cuerpo de Correos y Telégrafos del Ministerio de la Gobernación.

VICTORIA.- ¿Qué querrás ser?

CLARA.- Como sabré taquigrafía y mecanografía, seré taquígrafa y mecanógrafa.

VICTORIA.- Yo me iré a vivir a Madrid.

CLARA.- (Regocijándose.) ¡Yo vivo en Madrid!

VICTORIA.- Iré a una residencia de señoritas muy importante. Y no trabajaré hasta que sea mayor.

CLARA.- ¿Qué harás mientras tanto?

VICTORIA.- Estudiar. Estudiar mucho. Estudiaré derecho y todo lo que aprenda lo pondré al servicio de la justicia y de España.

CLARA.- (Derrotada.) Entonces tú serás Concepción Arenal.

VICTORIA.- (Rotunda.) Sí, y tú tendrás que conformarte con ser otra.

CLARA.- ¿Conoces a alguna?

VICTORIA.- No se me ocurre quién. Hay tan poco dónde elegir.

(**VICTORIA se concentra en su juego con la muñeca.**
CLARA cierra el libro y se queda pensativa.)

CLARA.- No sé lo que dará de sí la taquigrafía y la mecanografía. Algún día, si pudiera, trabajaría en un periódico, como mi padre. Mi padre estaba empleado en las oficinas, pero yo, con mis conocimientos, podría aspirar a ser secretaria del director. A lo mejor, el dinero que gane no me alcance para vivir y tenga que buscarme algún trabajillo extra para salir adelante. Si supiera idiomas, podría traducir novelas. Si me lo propongo, soy capaz de aprender francés. Me gustaría traducir *La novela de una momia*, de Teófilo Gautier. Para entonces ya seré mayor, muy mayor, pero no tanto que me impida hacer el bachillerato, ni después ir también a la universidad y licenciarme en derecho, como otras. Si llego a licenciarme en derecho, tendré, cuando lo consiga, por lo menos treinta y seis años. ¡Que vieja! Si fuera abogada me gustaría tener un despacho y lo haría tan bien, tan bien, que, a lo mejor, me daban la Gran Cruz del Rey que haya entonces. Si me la dieran, diría que no la quiero, porque entonces seré republicana. Cuando sea mayor me ocuparé de las mujeres, para que las mujeres vivan mejor que mi madre y que mi abuela. (**A VICTORIA, tras una larga pausa.**) Cuando sea mayor, lo que de verdad quiero ser es una mujer de pelo en pecho.

Segundo y tercer encuentros

Últimos días de abril de 1973, en Nueva York.

Redacción de la revista “Ibérica”.

La luz matinal que entra por la ventana permite ver un despacho amueblado sencillamente. Hay una mesa, un sillón, un perchero y algunas sillas. Sobre la mesa, un teléfono, una lámpara, una bandera republicana, objetos de escritorio, papeles y revistas. En las sillas se apilan carpetas y archivadores. También los hay en el suelo. Casi todas las paredes están ocupadas por estanterías llenas de libros. En una de ellas, hay colgado un cuadro con una litografía del mapa de España.

Suena el teléfono varias veces. Deja de hacerlo. Segundos después, la llamada se repite. Se oye la puerta de la calle.

VOZ DESDE EL PASILLO.- ¡Está sonando el teléfono! ¿Es que no lo oís? ¡Luisa! ¡El teléfono!

(A pesar de que es octogenaria, VICTORIA KENT entra corriendo. Enciende la luz, deja unos sobres sobre la mesa y, sin quitarse el abrigo, atiende la llamada.)

VICTORIA.- Revista Ibérica. [...] Yo soy la señora Kent. Victoria Kent. Disculpe que haya tardado en atenderla. Acabo de llegar al despacho. He oído el teléfono desde el ascensor. ¿Con quién tengo el gusto de...? [...] Eileen Trautmann... ¿Nos conocemos? [...] Sí, creo que sí... Déjeme que recuerde. Periodista. Corresponsal de... **(Trata de recordar.)** ¡Del Wesleyan Magazine! ¿Me equivoco? [...] ¡Ajá! Asistió a una charla que di en la Universidad de Vanderbilt. Después, me hizo algunas preguntas para su periódico. [...] Sí, recibí el recorte. ¿No se lo agradecí? Suelo hacerlo. Menos mal... Eso fue hace... ¿tres, cuatro años, tal vez...? [...] ¡Cuatro!

Febrero del sesenta y nueve. [...] Sí, tengo buena memoria. [...] Gracias. Espero conservarla mucho tiempo. ¿En qué puedo ayudarle? **(A medida que escucha, su gesto se hace serio.)** No lo sabía. ¿Cuándo ha sido? [...] El veintisiete. Hace tres días... Clara era algo mayor que yo. Cuatro o cinco años, creo. ¿Dónde ha muerto? [...] No sabía que viviera en Laussanne. La última vez que supe de ella, estaba en Buenos Aires. ¡Pobre! Después de tanta lucha, se ha ido sin haber visto una luz sobre nuestra España. Perdona... Ha sido tan inesperado. Ignoraba que estuviera enferma... [...] Casi ciega. Gracias por su llamada. [...] ¿Sobre ella? ¿Qué podría decir de Clara Campoamor? Nada que pueda interesar a sus lectores. [...] ¿Sobre nuestra relación? ¿Qué relación? Apenas hemos sabido la una de la otra. [...] ¿Quién se acuerda hoy de aquella rivalidad? Es agua pasada. Ocurrieron tantas cosas desagradables después que, a su lado, nuestras discrepancias eran juegos de colegialas. [...] ¿Por qué insiste, Eileen? [...] Me pregunto si aquel debate tuvo algún sentido. Me parece que fue una extraña batalla librada en escenarios lejanos... Una obra representada entre bastidores por y para la burguesía, de espaldas a la realidad de España... [...] Si insiste... [...] Está bien, la recibiré. Únicamente por no ser descortés. ¿Cuándo...? [...] ¿Ahora? [...] No, no hay ningún inconveniente. La espero. [...] Eso es... 112 East 19th Street. Apartamento 1106, uno, uno, cero, seis. [...] En media hora, de acuerdo.

(VICTORIA cuelga el teléfono. Permanece algún tiempo en el mismo sitio. Luego, se acerca a la ventana y mira al exterior. Lentamente se despoja del abrigo y lo coloca en el perchero. Coge las cartas que ha dejado sobre la mesa y lee los remites, dejándolas de nuevo sin abrirlas. Se sienta en el sillón y se queda pensativa. Poco después, abre uno de los cajones de la mesa y hurga en él.)

VICTORIA.- Dios, cuanto desorden.

(Saca unas cuantas fotografías. A medida que las contempla, las va desechando. Hace un gesto de resignación. Entorna los ojos, como si tratara de recordar. Ante ella, surge la figura de CLARA CAMPOAMOR. Representa unos cuarenta años.)

CLARA.- ¿Pensabas en mí, Victoria?

VICTORIA.- En ti, querida. Acabo de recibir la noticia... No la esperaba.

CLARA.- Ni yo tus declaraciones...

VICTORIA.- ¿Mis declaraciones?

CLARA.- A la prensa.

VICTORIA.- **(Confundida.)** Todavía no he hecho ninguna.

CLARA.- Me refiero a la entrevista de *El Heraldo*. **(Percibiendo cierta incomodidad en VICTORIA.)** ¿O no quieres hablar de ella?

(Antes de que VICTORIA lo haga, responde una mujer joven ataviada con una boina de terciopelo y un impecable traje sastre. En realidad es ella misma cuarenta años atrás. Vemos lo poco que ha variado su atuendo al cabo de tanto tiempo. El de ahora sigue siendo fiel a la moda de los treinta. Incluso se diría que las blusas de estilo camisero que visten son idénticas.)

VICTORIA JOVEN.- ¿Por qué dar tantas vueltas al asunto? Sabes de sobra lo que pienso.

CLARA.- Creía saberlo.

VICTORIA JOVEN.- Anteayer, lo dije muy claro en la Cámara. En lo tocante a los derechos de la mujer, el proyecto de Constitución, tal como estaba redactado, jamás me satisfizo. La enmienda que presentaste corregía, en parte, sus defectos.

CLARA.- Intenté que no quedaran cabos sueltos. “Se reconoce en principio la igualdad de derechos de los dos sexos”. ¡En principio! ¿Por qué en principio? ¿Se reconoce o no?

VICTORIA JOVEN.- ¡Y yo estaba de acuerdo! Mi intervención pretendía arrojar luz sobre tan delicado asunto. Que la igualdad se reconociera sin reservas, así, sin más. Sin embargo, tú la interpretaste de otra manera. Quise ayudarte y no me dejaste. Lo siento.

CLARA.- Reconocí que, en ese punto concreto, tus celos eran los míos. Las discrepancias se refieren a los privilegios jurídicos.

VICTORIA.- Cuestión de matices.

CLARA.- Lo que dices en *El Herald* sobre el voto de la mujer lo desmiente.

VICTORIA JOVEN.- De ningún modo. Estaría de acuerdo en que se le concediera a las obreras.

CLARA.- ¿A las demás, no?

VICTORIA JOVEN.- Son las únicas que merecen recibir ese beneficio.

CLARA.- ¿Por qué las únicas?

VICTORIA JOVEN.- Solo confío en ellas. Lo haré en las demás cuando tengan estudios y estén liberadas en su conciencia. Si hay ocasión, lo explicaré en la sesión de esta tarde. ¿Puede esperar tu curiosidad hasta entonces?

CLARA.- Puede. Pero me preocupa que personas progresistas como tú no apoyen el voto femenino...

VICTORIA JOVEN.- ¿Quién ha dicho que no vaya a hacerlo?

CLARA.- Quiero decir, apoyarlo sin reservas.

VICTORIA JOVEN.- No temas. Aunque yo las tenga y las manifieste, tu proyecto saldrá adelante.

CLARA.- No estoy tan segura después de lo sucedido en la sesión de ayer.

VICTORIA JOVEN.- Me han dicho que estuviste muy brillante en tu intervención. Siento habérmela perdido.

CLARA.- También hablaron Ayuso y Guerra del Río.

VICTORIA JOVEN.- Lo sé.

CLARA.- Ayuso propuso que la mujer no tenga derechos electorales hasta que cumpla los cuarenta y cinco años. ¡Dijo que antes de esa edad carecemos de la voluntad e inteligencia necesarias para opinar!

VICTORIA JOVEN.- Ayuso no está en sus cabales.

CLARA.- ¿Guerra del Río tampoco?

VICTORIA JOVEN.- (Evasiva.) Su enmienda fue derrotada.

CLARA.- Su enmienda, sí. Pero sus palabras quedaron ahí, flotando en el ambiente.

VICTORIA JOVEN.- Guerra es del partido radical, como tú.

CLARA.- Eso aumenta mi preocupación.

VICTORIA JOVEN.- Habla con él.

CLARA.- Prefiero hacerlo contigo.

VICTORIA JOVEN.- ¿Por qué conmigo?

CLARA.- Tengo la sensación de que compartes sus argumentos.

VICTORIA JOVEN.- Aunque así fuera, insisto. ¿Por qué conmigo?

CLARA.- Somos mujeres. Las dos únicas en el parlamento. Y, además, somos juristas. ¿Tan difícil es que nos entendamos? No debería serlo. Pero al parecer no es suficiente.

VICTORIA JOVEN.- Admiro tu tenacidad, pero confieso que no me gusta la idea que tienes del feminismo. No la comparto.

CLARA.- ¿Quién habla ahora de feminismo? Yo hablo de humanismo, de ciudadanía... Victoria, no podemos defraudar las esperanzas de millones de mujeres.

VICTORIA JOVEN.- ¡Nada más lejos de mi intención! Igualdad de derechos para el hombre y la mujer... ¡por supuesto! Insisto en que no rechazo el derecho al sufragio de la mujer. Sólo voy a pedir que su entrada en vigor se aplace. ¿Hasta cuándo? Hasta el momento preciso, ni un día más, en que tengamos la plena garantía de que el ejercicio de ese derecho no ponga en peligro la existencia de la República. ¡Nos ha costado mucho traerla!

CLARA.- Eso no es democrático. No es lógico, ni justo.

VICTORIA JOVEN.- La República es joven y todavía débil. Y la mujer, por mucho que duela decirlo, no es, hoy por hoy, su mejor sostén. No juguemos con fuego, Clara. Es peligroso conceder el voto a la mujer mientras los curas y los frailes les den consignas desde los confesionarios, mientras prefieran las procesiones...

CLARA.- No hables de procesiones. A muchos de los Diputados republicanos que se sientan en la Cámara a nuestro lado, les duelen los brazos de llevar el palio...

VICTORIA JOVEN.- Habladurías.

CLARA.- No lo son.

VICTORIA JOVEN.- ¡¡Mientras las mujeres prefieran las procesiones a echarse a la calle...!!

CLARA.- ¡Lo han hecho!

VICTORIA JOVEN.- ¿Cuándo?

CLARA.- Siempre, siempre... Lo hicieron para oponerse a la guerra de Marruecos, cuando la guerra de Cuba, con motivo del desastre de Annual, también ahora, para ayudar a traer la República...

VICTORIA JOVEN.- ¿Te refieres a ese grupito de estudiantes...?

CLARA.- Ha estado en la cárcel.

VICTORIA JOVEN.- Yo no puedo juzgar a las mujeres españolas por lo que han hecho cuatro muchachas. Dentro de unos años, cuando vean los frutos de la República, cuando se den cuenta de que los derechos de sus hijos están garantizados y de que en sus casas entra el pan que la monarquía les escatimaba, entonces, no antes, podremos contar con ellas sin miedo a sobresaltos. El día en que las mujeres salgan a la calle gritando “¡Viva la República!”, estaremos en el buen camino.

CLARA.- ¡Cuando den señales evidentes de qué están a favor de la República, podrán votar! ¡Como si el voto fuera un premio al buen comportamiento y no un derecho! ¿Cómo puede decirse eso? ¿Cómo puedes decirlo tú? ¿Por qué no imponer las mismas exigencias a los hombres? ¿Por qué otorgarles todos los derechos sean o no leales a la República y, en cambio, a ellas encerrarlas en un lazareto, como si fueran apestadas?

VICTORIA JOVEN.- No puedo soportar tanta demagogia.

CLARA.- Es cuestión de ética, de pura ética, reconocer a la mujer todos sus derechos.

VICTORIA JOVEN.- Sin duda... y de tiempo.

CLARA.- De tiempo... ¿De cuánto tiempo, según tú?

VICTORIA JOVEN.- Pongamos que un año.

CLARA.- ¿Qué esperas conseguir en ese plazo? ¿Darle la cultura que no tiene? Se me antoja que la tarea es titánica. ¿O sólo conquistar su ideología? Tal vez eso sí esté al alcance de la mano.

VICTORIA JOVEN.- ¿Por qué no las dos cosas?

CLARA.- Para una cruzada de esa naturaleza, tú y los que piensan como tú deberíais poner os manos a la obra de inmediato.

VICTORIA JOVEN.- ¿Has terminado?

CLARA.- Una cosa todavía. Cuando las españolas hayamos demostrado que estamos capacitadas para votar y se apruebe la correspondiente ley, ¿qué sucederá si en las elecciones los resultados no son conformes con lo deseado? ¡Vaya, chasco! ¿No? Tanto esfuerzo para nada. Habría que revocar la ley.

VICTORIA JOVEN.- Muy ingeniosa... No sabía que tuvieras esa vena humorística.

CLARA.- No hablo en broma. Pensaba en el futuro. Tratándose de una ley electoral, nada impide que sea derogada. Las leyes, ya se sabe, son flexibles. En cambio, si el derecho al voto femenino queda consagrado por un precepto constitucional, poco puede hacerse para rectificar.

VICTORIA JOVEN.- No había pensado en ello, pero bienvenida sea la posibilidad de conjurar cualquier peligro que aceche a la República. Cuantos menos obstáculos se alcen ante ella, mejor la protegeremos. Para mí, su defensa está por encima de cualquier otro compromiso.

CLARA.- Soy tan republicana como tú. ¿Hace falta que lo pruebe? Pero me niego a que la mujer quede al margen de ese proyecto. Sería un error histórico. He hecho campaña por los pueblos de Madrid. He visto como a los actos públicos acudían más mujeres que hombres. Y he visto en sus ojos emoción y pasión, un inmenso deseo de ayudar a la República. Tal vez, muchas no sepan como hacerlo. De acuerdo. Pero la única forma de alcanzar la libertad es caminar dentro de ella. No se lo impidamos, Victoria.

VICTORIA JOVEN.- Tu temor es infundado. Esta tarde te llevarás el gato al agua. Será sin mi ayuda y a pesar de la oposición de tus compañeros de partido. Te apoyarán los socialistas. Cuentas con ello. También sabes que la derecha en pleno te dará sus votos, y lo que eso significa.

CLARA.- Es la ayuda que menos deseo.

VICTORIA JOVEN.- La tendrás. Es una buena razón para recapacitar. Sin pretenderlo, sirves a sus intereses. No

te engañes. Allá tú con tu conciencia. La mía me dice que mi postura es la correcta, que no me aparte de ella. Y eso voy a hacer, aunque estoy avisada de que me espera un recibimiento poco cordial. La tribuna pública va a estar abarrotada de mujeres dispuestas a reventar el debate si lo que oyen no les gusta. Y sé que ya están circulando panfletos pidiendo que no manchemos la Constitución.

(VICTORIA se levanta y mira fijamente al frente. La luz se concentra en ella. Las figuras de CLARA y de VICTORIA JOVEN desaparecen en la penumbra.)

VICTORIA.- (Dirigiéndose a un auditorio invisible.)

Señores Diputados, pido a la Cámara atención respetuosa para el problema que aquí se debate, porque estimo que no es problema nimio, ni problema que debamos pasar a la ligera; se discute el voto femenino y es significativo que una mujer como yo, que no hago más que rendir un culto fervoroso al trabajo, se levante en la tarde de hoy para decir a la Cámara, sencillamente, que cree que no es el momento de otorgar el voto a la mujer española. Lo dice una mujer que, en el momento crítico de decirlo, renuncia a un ideal. Y lo digo con toda la valentía de mi espíritu, afrontando el juicio que de mí puedan formar las mujeres que no tengan ese fervor y estos sentimientos republicanos que creo tener. Así, pues, alzo mi voz para decir con toda claridad: o la condicionalidad del voto o su aplazamiento. Creo que su aplazamiento sería más beneficioso, porque lo juzgo más justo, como asimismo que, después de unos años de estar con la República, de convivir con la República, de luchar por la República y de apreciar los beneficios de la República, tendríais en la mujer su defensor más entusiasta. Por hoy, Señores Diputados, es peligroso concederle el voto. Yo no puedo sentarme sin que quede claro mi pensamiento y mi sentimiento...

(Se oyen aplausos, ahogados al punto por rumores cada vez más intensos. Las intervenciones de los Diputados se mezclan con las protestas que llegan de la tribuna pública. Una voz se alza en medio de la confusión.)

VOZ DEL PRESIDENTE DE LA CÁMARA.-
Procedan los Señores Diputados a votar el artículo treinta y cuatro del dictamen de la Comisión, que dice: “Los

ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintiún años, tendrán los mismos derechos electorales conforme determinen las leyes”. La votación será nominal.

(A medida que los Diputados son llamados a votar, aplausos y protestas se confunden.)

VOZ DEL PRESIDENTE.- Señorita Victoria Kent.

VICTORIA.- ¡No!

UNA VOZ.- La Campoamor que sí. La Kent, que no. Dos mujeres en la Cámara y ni por casualidad se ponen de acuerdo. ¿Qué pasará cuando sean cincuenta las que actúen?

VOZ DEL PRESIDENTE.- Queda aprobado el artículo treinta y cuatro.

VOZ DE UN DIPUTADO.- ¡Viva la República de las mujeres!

(VICTORIA cierra los ojos. El ruido en el salón de sesiones es atronador.)

VOZ DEL PRESIDENTE.- ¡Orden, orden, Señores Diputados!

(Cuanto sigue es situado por la imaginación de VICTORIA en un teatrillo de marionetas. Ocupan su escenario un títere que representa a Julián Besteiro, aquí llamado el Atildado Presidente Don Julián, y otros dos que caricaturizan a CLARA y a VICTORIA.)

TÍTERE DON JULIÁN.- ¡Señoritas Diputadas, tienen la palabra!

(Las dos mujeres empiezan a hablar al mismo tiempo.)

TÍTERE DON JULIÁN.- ¡Orden! ¡Orden! El Parlamento no es un gallinero. Primero, una y, después, otra, que no es prisa lo que tenemos. Disponemos del tiempo que queramos. Nadie nos lo tasa.

TÍTERES VICTORIA Y CLARA.- (Al unísono.)
¡Pido la palabra!

TÍTERE DON JULIÁN.- Han cacareado al mismo tiempo. ¿A quién se la doy?

TÍTERE CLARA.- ¡A mí!

TÍTERE DON JULIÁN.- ¡Que hable la Clara!
Después, será el turno de la Yema.

TÍTERE VICTORIA.- Me llamo Victoria, Señor Atildado Presidente Don Julián.

TÍTERE DON JULIÁN.- Victoria o Yema, ¿qué más da? Y una advertencia, señorita Yema, o Victoria, si lo prefiere. No tolerare que, durante su intervención, gesticule como suele hacerlo. Absténgase de subir y bajar tanto el brazo y de abrir y cerrar la mano cada vez que llega a la altura de su axila izquierda. Se diría que está cazando moscas. En su última intervención logró cazar doscientas. ¡Pido un respeto para las moscas de la Cámara!

TÍTERE VICTORIA.- ¡Protesto!

TÍTERE CLARA.- ¿Puedo o no puedo hablar?

TÍTERE VICTORIA.- Lo hago yo por alusiones.

TÍTERE CLARA.- Cuando yo acabe.

TÍTERE DON JULIÁN.- ¡Silencio o hago con ustedes una tortilla! Diga la Clara lo que tenga que decir.

TÍTERE CLARA.- Se ha terminado lo de un hombre, un voto.

TÍTERE VICTORIA.- (Interrumpiéndola. Con grandes aspavientos.) Ahora, si el hombre está casado y se lleva bien con su mujer, su voto vale por dos. Pero si andan a la gresca, papeleta en blanco. ¿Y que decir de los solteros que sean simpáticos y mujeriegos? ¡Varios votos! Pero no tantos como los de un cura. Un cura, infinidad de votos. Y unos cuantos curas, el acabose: triunfo electoral.

TÍTERE CLARA.- ¡Protesto!

TÍTERE DIPUTADO JEREMÍAS.- (Asumando por un lateral su gorda humanidad.) ¡Dios nos coja confesados! ¡Las sotanas al poder! ¡Las faldas mandando en España! El día menos pensado vemos a un sacristán de Ministro de la Guerra. ¡Somos unos calzonazos! (Agitando, amenazador, una escoba que llevaba oculta.) ¡Las mujeres a sus casas, a servir a sus maridos!

TÍTERES VICTORIA Y CLARA.- (Al unísono.)
¿Qué maridos? ¡Somos solteras!

TÍTERE DIPUTADO JEREMÍAS.- ¡A vestir santos!

TÍTERE SANTO MANDILÓN.- (Cruza el escenario como si saltara, en las alturas celestiales, de blanda en blanda nube.) ¡Nada de eso! Son marimachos, trasgos al servicio del mismísimo diablo.

TÍTERE DIPUTADO JEREMÍAS.-
(Empujándolas con la escoba.) ¡Fuera! ¡Fuera! ¿Cómo se atreven a hablar como chicharras de cosas tan serias? ¡Gastan saliva en balde! ¡Se acabó lo que se daba! Si quieren ser útiles, lo que tienen que hacer, en lugar de votar, es parir hijos republicanos.

(Suenan el timbre de la puerta. Las marionetas se esfuman. VICTORIA abre los ojos. Permanece inmóvil. Se repite el timbrado. Aguarda al tercero, que llega al cabo de unos segundos. Se oyen fuera los pasos de alguien que se aleja. Se sienta de nuevo tras la mesa. Contempla la pequeña bandera republicana. La acaricia con los dedos. Coge un ejemplar de la revista “Ibérica” y le hojea. Le devuelve a su lugar. Abre una carpeta y revisa su contenido. Extrae unas cuartillas mecanografiadas. Respira hondo. Luego, marca un número de teléfono.)

VICTORIA.- Narciso, querido, soy Victoria... [...] De eso quiero hablarte, del artículo que has enviado para Ibérica... [...] Sí, nos llegó ayer. [...] Alguna observación... [...] No, no. La extensión, justa. Se trata del contenido. [...] Del contenido, sí. ¿No es posible decir lo que piensas sin personalizar, mantenerte en un plano teórico? ¡En lo que has escrito hay tanto rencor, tanta amargura, tanto pesimismo...! [...] No digo que no haya motivos, pero ¿no es posible poner un terrón de azúcar en el jugo de limón? Aunque mejor sería no mirar tanto al pasado. [...] No eres el único. Todos caemos en la tentación de volver continuamente la vista atrás... [...] No he dicho que no haya que hacerlo. Yo misma cedo con alguna frecuencia. En tal caso, procuro que mis críticas, si de criticar se trata, sean nobles y ponderadas. Pero, aún así, suelo arrepentirme y romper lo que llevo escrito. [...] Yo no quiero que la revista sea un espacio para la nostalgia. [...] Luchamos por la causa de España, sí, pero

nuestra fidelidad no es a la España vencida, sino a la del futuro. [...] Estamos de acuerdo, Narciso. Hay cosas que... [...] Sí, sí, la fuerza de algunos hechos es tremenda. [...] Los horrores del exilio, los compañeros fusilados... [...] ¿Acaso puedo no estar de acuerdo contigo? [...] No te pido que perdones. Se puede perdonar. Es fácil. Podrías hacerlo, si quieres. Pero no seré yo quién te obligue. El asunto es otro... [...] ¿Censura? ¡No hables de censura! [...] ¡Claro que *Ibérica* es una tribuna de expresión libre! ¿Alguien lo niega? Pero mientras yo lleve las riendas, no estoy dispuesta a que se convierta en el campo de batalla de polémicas estériles. Mucho menos entre españoles. [...] ¿Mi propuesta? Reescribe el artículo. De otro modo, no podré publicarlo. [...] Respeto tu decisión, faltaría más. **(Cuelga el teléfono bruscamente.)** Hay días en los que es mejor que no amaneciera. Y hoy es uno de ellos. **(Suena el teléfono. Lo descuelga con fastidio.)** ¿Usted, Eileen? [...] Lo siento, lo siento. No la esperaba tan pronto. He salido un momento. [...] Es mejor que aplacemos la cita para otra ocasión. Ahora... me esperan. Salgo de viaje. [...] Estaré fuera de Nueva York unos días. [...] Una semana, quizás más. [...] Sí, llámeme. Aunque he de decirle algo. Después de aquel debate, apenas tuve relación con la Campoamor. Yo era Directora General de Prisiones y estaba muy ocupada. Apenas ponía los pies en el Parlamento. Luego, en las decepcionantes elecciones del treinta y tres, ninguna de las dos obtuvimos escaño. Comprendo su curiosidad, pero créame, no tiene sentido que hable de ella.

(La figura de CLARA reaparece. Lleva consigo dos maletas y un bolso de viaje.)

CLARA.- Nos vimos, Victoria. Habían pasado cinco años desde nuestro enfrentamiento. Fue en 1936. La guerra había estallado un mes antes. Yo salía de casa con el equipaje necesario para un largo viaje y tú regresabas de visitar a las tropas que combatían en la sierra.

(VICTORIA JOVEN aparece en escena.)

VICTORIA.- Tengo que dejarla, Eileen. Me llaman. Espero su llamada. Discúlpeme. **(Cuelga. A VICTORIA JOVEN.)** ¿Qué haces aquí?

VICTORIA JOVEN.- Estoy en la plaza de la Lealtad. Clara sale de su casa.

VICTORIA.- No pasé por allí cuando ella asegura que lo hice.

VICTORIA JOVEN.- Va cargada de maletas.

VICTORIA.- Me acordaría.

CLARA.- Te acuerdas. No es posible que lo hayas olvidado. Olvidar es muy difícil. Por mucho empeño que se ponga.

VICTORIA.- (**Resignada.**) Admito que tuvimos un encuentro casual.

CLARA.- Se prolongó durante más de una hora.

VICTORIA.- Sin embargo, no sabría decir de qué hablamos.

CLARA.- No fue una conversación agradable.

VICTORIA.- ¿Merece la pena recordarla? (**CLARA se encoge de hombros.**) Si a ti te da lo mismo...

CLARA.- Tú eres la que me ha evocado. Estoy en tu memoria.

VICTORIA.- ¡Lo sé!

VICTORIA JOVEN.- (**A CLARA.**) ¿Vives aquí?

CLARA.- Hasta hace unos minutos. (**VICTORIA JOVEN hace un gesto de extrañeza.**) Me marcho. No me siento segura en Madrid.

VICTORIA JOVEN.- ¡Que absurdo!

CLARA.- Hace algunos días, unos desconocidos han preguntado al portero por mí.

VICTORIA JOVEN.- ¿Lo has denunciado?

CLARA.- ¿Para qué? En este caos, no confío en la protección de nadie.

VICTORIA JOVEN.- Esta situación no durará mucho. Pronto recordaremos lo que está pasando como un mal sueño.

CLARA.- Ojalá.

VICTORIA JOVEN.- Permíteme que te diga que has tomado una decisión precipitada.

CLARA.- Es posible. En todo caso, el ambiente que se respira no me gusta. Los fanatismos de uno y otro lado me revuelven las tripas.

VICTORIA JOVEN.- Podían haberse evitado los enfrentamientos. Esa reflexión debimos hacerla antes.

CLARA.- ¿Quiénes? ¿Los políticos?

VICTORIA JOVEN.- Algunos políticos.

CLARA.- Entre los que me incluyes.

VICTORIA JOVEN.- Pusisteis la República al borde del precipicio. Tu intervención fue decisiva.

CLARA.- Mientes, Victoria, y lo sabes. ¿Hasta cuándo tendré que cargar con el sambenito de que yo fui la responsable de que las elecciones del treinta y tres las ganaran las derechas? El voto de las mujeres no influyó en el resultado. Fue la desunión de las izquierdas. Cada uno iba por su lado. ¿Vas a negarlo? ¡No, por supuesto que no! Para qué buscar responsabilidades entre los hombres, si es más cómodo hacer del voto femenino el chivo expiatorio de aquel desastre. ¡Qué mejor lejía para lavar torpezas políticas varoniles! Si lavados con ella, los políticos de izquierdas no han quedado más resplandecientes e impolutos, culpa será del tejido. Del tejido femenino, claro. Pero los hechos os dejaron con el culo al aire. El año pasado, el que se llevó el gato al agua fue el Frente Popular. ¡Un vuelco espectacular! Y también votamos las mujeres. Algo habrá influido nuestro voto. ¿O esta vez no? Yo más bien creo que la mujer no votó por las derechas en el treinta y tres, ni por las izquierdas en el treinta y seis. Votó como cualquier ciudadano.

VICTORIA JOVEN.- Es admirable que sigas defendiendo con tanto empeño a quiénes, en lugar de agradecer tus desvelos, te echaron de la política. Te sobran dedos en las manos para contar las mujeres que te votaron.

CLARA.- No te niego que fue un palo, pero no me extrañó. Tanto se ha enseñado a las mujeres a no fiarse de sí mismas, que es normal que desconfíen de las demás. ¿Por qué había de ser yo una excepción? Además, estoy segura de que la mayoría sabe poco de mi lucha y de mi defensa de sus derechos. Mas daño me hicieron otras que, conociendo mi trayectoria, me cerraron el paso cuando aspiraba a luchar por un escaño.

VICTORIA JOVEN.- No tuve nada que ver con el rechazo a que entraras en Izquierda Republicana. Fueron muchos los que se opusieron a tu ingreso.

CLARA.- Te honra que no te refugiaste en el anonimato, como otros. Bien en alto llevabas la bola negra para que todos vieran que votabas contra la Campoamor.

VICTORIA JOVEN.- Una falsedad. Lo que importa es que echaste un pulso que tenías perdido de antemano. Y con razón. ¿Hay trayectoria más errática que la tuya, saltando de partido en partido en función de lo que más te conviene? Eres una oportunista, una trepadora descarada.

CLARA.- Sólo me mueve servir el interés público, no medrar. Mal me conoces.

VICTORIA JOVEN.- Lo suficiente para saber de qué pie cojeas.

CLARA.- Nunca he hipotecado mis ideas. Y mis ideas son de sobra conocidas. Están en el campo de la izquierda. Es el único que me interesa, aunque todos mis sufrimientos hayan venido de él. **(Hay un momento de silencio.)** Aquello fue un ajuste de cuentas. La animosidad masculina y los celos de cuatro mujeres resentidas, entre las que te cuento, os disteis la mano. Buen espectáculo de acoso y derribo el que brindasteis. No soporto más envidias, ni más zancadillas. Estoy harta de tanto combate de arañas y de chinches. ¿Podemos caer más bajo? Mis enemigos, no conformes con serlo, se erigen en jueces inquisidores.

VICTORIA JOVEN.- Estás amargada. Te compadezco. No soy quién para decirte lo que te conviene. Tuya es la decisión de marcharte. Pero algún día tendrás que rendir cuentas de tu espantada.

CLARA.- ¿A quién? ¿A la República? ¿A qué República? ¿A la que soñábamos o a la que algunos han fraguado en tranquilas sobremesas políticas o en tertulias de casinillos? ¿Qué República es esta de demócratas de boquilla, de laicos de merendero en viernes santo, de amor libre, ¡masculino, por supuesto!, con mujeres despreciadas que se pudren en el hogar y niños abandonados? Una República así no me interesa. **(Tras una breve pausa, sonrío.)** Alégrate, Victoria. Ya nunca más me tendrás enfrente. Mi marcha es definitiva. Mi lucha de tantos años, toda mi biografía política, es ya parte del pasado.

VICTORIA JOVEN.- Es una pena que, al miedo, unas el desencanto. En estos momentos difíciles, nuestra

obligación es combatir a los enemigos de la República, aunque tenga tantos defectos como dices.

CLARA.- (Cogiendo las maletas.) Hasta siempre, Victoria.

(CLARA sale. VICTORIA JOVEN se dispone a hacerlo, pero las palabras de VICTORIA la retienen.)

VICTORIA.- ¡Mujeres españolas! Sobre los escombros de nuestra Patria es necesario levantar la España libre y trabajadora. Nosotras tenemos que aportar el esfuerzo de nuestros brazos y el calor de nuestro corazón. Ni lágrimas, ni suspiros. Esfuerzo, eficacia, abnegación y sacrificios silenciosos. Esto, nada más que esto, demanda España de nosotras. Nada menos que esto nos ha tocado en suerte dar a España. Que cada una cumpla con su deber.

VICTORIA JOVEN.- Clara no oyó esa arenga.

VICTORIA.- Ya estaba en Alicante, buscando acomodo en algún barco que la sacara de España.

Cuarto encuentro

Finales de 1986, en Nueva York.

Salón de la casa de Luisa Crane.

Lugar confortable con mobiliario un tanto antiguo: sofá tapizado con tela estampada; mesa plegable; otra mesa baja con lámpara de tulipa, teléfono y algunos adornos; pequeño mueble-bar; en la ventana, persiana veneciana y cortinas hasta el suelo; a ambos lados de la ventana, estanterías con libros.

VICTORIA KENT, emocionada y nerviosa, sostiene un telegrama en la mano.

VICTORIA.- (Dirigiéndose al teléfono.) ¡Vamos, Luisa! ¿A qué esperas para llamar? ¿Era imprescindible que hoy, precisamente hoy, estuvieras de viaje? ¿No hay más días en el año para visitar a tu familia?

(Aguarda en vano a que suene el teléfono. Deja el telegrama en la mesa, se dirige al mueble bar y se sirve un whisky.)

VICTORIA.- Ya sé que las once de la mañana no es la hora del whisky, pero no estoy dispuesta a esperar hasta la cena para echar el trago. Un día es un día, qué caramba. En cuanto regreses a casa, nos vamos de farra, a celebrarlo. ¿Qué tal una buena cena en Brooklyn y luego una sesión de jazz en *Blue Note*? ¡Eso es! Mientras Alberta Hunter canta, Luisa y Victoria bebiendo whisky como marineros. ¡Habrás que ver quién está más en forma, si ella o nosotras! **(Descuelga el teléfono.)** ¡Señorita, por favor! Estoy esperando una llamada de Woods Hole, Massachussets... Es muy urgente. [...] Está bien. Esperaré, si es que puedo. **(Cuelga.)** ¿Dónde te has metido, Luisa Crane? Tengo que darte una gran noticia. Escucha. **(Coge el telegrama y lo lee en voz alta.)** “Con ocasión de la celebración del aniversario de la Constitución Española de 1978, y, en atención a los

méritos y circunstancias que concurren en doña Victoria Kent Siano, a propuesta del Ministerio de Justicia y previa deliberación del Consejo de Ministros vengo a concederle...”. **(Interrumpe la lectura y alza la vista.)** Atenta, Luisa Crane. Agárrate a lo que tengas más cerca. **(Volviendo al papel.)** “Vengo a concederle la Gran Cruz de la Orden de San Raimundo de Peñafort. **(Con los ojos cerrados, de memoria.)** Dado en Madrid a cinco de diciembre de 1986. Juan Carlos, Rey”.

(Detrás de VICTORIA, aparece CLARA CAMPOAMOR, una CLARA de edad indefinida, más de sesenta años, quizás setenta, pero cuyo físico se corresponde al que VICTORIA conserva en su memoria, el de aquel día de 1936.)

CLARA.- Con la venia...

VICTORIA.- (Volviéndose.) ¡Clara! ¿Qué haces aquí?

CLARA.- ¿Sorprendida?

VICTORIA.- Bastante. **(Mirando el vaso, del que apenas ha dado un sorbo.)** No he bebido lo suficiente para ver fantasmas.

CLARA.- No soy un fantasma.

VICTORIA.- Un mal sueño, entonces.

CLARA.- Tampoco. Estás despierta.

VICTORIA.- ¿A qué vienes?

CLARA.- Yo rechacé una condecoración que me ofreció Alfonso XIII.

VICTORIA.- ¿Y qué?

CLARA.- ¿Vas a aceptar la que te concede su nieto?

VICTORIA.- Es la Gran Cruz del patrón de los abogados.

CLARA.- ¿Vas a aceptarla?

VICTORIA.- ¿Por qué no?

CLARA.- Suena a recompensa por haberte pasado a las filas de la Corona.

VICTORIA.- Toda mi vida he luchado para que España tuviera una democracia y ya la tiene. Mis anhelos políticos se han cumplido.

CLARA.- ¿Qué ha sido de aquella fe en la República?

VICTORIA.- ¿Me lo preguntas tú, que la perdiste al primer contratiempo? La mantuve hasta el día mismo en que dejó de tener sentido, hasta que la victoria que soñábamos se convirtió en algo inalcanzable. Nada hay en mi conducta que pueda ser tachado de deshonesto o de indigno. ¿Qué vienes a echarme en cara? (**Impide con un gesto que CLARA la interrumpa.**) He aceptado la solución monárquica porque ha apostado por la concordia. Tenemos un rey sencillo y democrático. El muchacho lo está haciendo bien. Si garantiza las libertades esenciales, no pido más. Nunca he creído en la eficacia de la violencia. He sido y soy pacifista. Tal vez, en algún momento haya dado muestras de esa exaltación tan nuestra que tanto daño suele causarnos. No lo niego. Pero la madurez clarifica muchas cosas. Lleva la luz dónde existía llama.

CLARA.- Luz artificial.

VICTORIA.- ¡Luz! Y ahora, vete. No consiento que nadie me agüe la fiesta. Y menos tú. ¡Qué impudicia! Antes de censurar mi conducta, recuerda la tuya. ¿Qué hiciste por la República aparte de denostarla? Desertar de ella, escapar a toda prisa.

CLARA.- (**Incómoda.**) Me marché por prudencia.

VICTORIA.- ¡Por miedo! No estabas dispuesta a arriesgar tu vida.

CLARA.- Hubiera sido un sacrificio oscuro e inútil.

VICTORIA.- ¡He aquí una mujer revolucionaria!

CLARA.- Nunca he presumido de serlo. Me repugnan los excesos y en las revoluciones hay demasiados.

VICTORIA.- ¿Qué hiciste cuando pusiste tierra por medio? Nada, que yo sepa. Clara Campoamor se fue a La Argentina y se esfumó.

CLARA.- Antes viví en Lausanne. Y a Lausanne regresé a morir. En medio queda mi estancia en Buenos Aires. Allí me sentía como en mi casa, hasta que el maldito Perón vino a trastornarlo todo. No sabría decir cual de las dos experiencias resultó más amarga, si la salida forzada de

Argentina, dejando atrás, otra vez, un trozo de mi vida, o el retorno a Suiza. Nunca me sentí a gusto allí.

VICTORIA.- ¡Culo de mal asiento! ¿Tan difícil era adaptarse?

CLARA.- Se alzaba la barrera del idioma. Y el temperamento de la gente... Me estrellaba contra su falta de viveza, contra su estupidez... Toda la vida giraba en torno a las montañas, a los bosques, al lago Lemán. ¡Que indigestión de paisaje! No me acostumbraba a esa vida sencilla, castigada a no hacer nada útil, sin estímulo, ni empuje, tan distinta a la que siempre había llevado.

VICTORIA.- ¡Pobre! ¿Esos fueron tus padecimientos? ¿Qué sabes de los míos en el París ocupado? ¿Sabes con qué contaba para andar por el mundo? Con la gran repugnancia que me producían los invasores alemanes y con un documento de identidad en el que ponía con letras moradas “refugiada”. Otros no tuvieron ni eso. Creyéndose a salvo de nuestra catástrofe, se metieron de lleno en otra no menos espantosa. Fueron deportados, llevados a campos de concentración... Son historias que tú ignoras. Has vivido tan alejada de tu gente, envuelta en una espesa atmósfera de aislamiento...

CLARA.- No, no. En Buenos Aires, daba clases y conferencias, publicaba artículos en la prensa, frecuentaba los círculos literarios...

VICTORIA.- Pero no te veías con los españoles del exilio.

CLARA.- Tuve trato con algunos... Con los políticos, apenas.

VICTORIA.- Huías de ellos como de la peste.

CLARA.- Siempre hablaban de lo mismo, vivían enganchados al recuerdo de un pasado que yo me había propuesto olvidar. Se negaban a aceptar que la Guerra Civil había decapitado un proyecto en el que habíamos depositado tantas esperanzas... Tampoco reconocían que ellos mismos habían ayudado, con su irresponsabilidad, a poner el cuello de la República bajo el hacha del verdugo.

VICTORIA.- Son acusaciones muy duras. Y sorprendentes, sobre todo viniendo de alguien que, en esa tarea, les echó algo más que una mano.

CLARA.- Yo no incité a la anarquía que se apoderó de España tras el triunfo del Frente Popular. Me espantaba que la gente quemara iglesias, el ataque de locura

colectiva que se adueñó de las calles... Aquella profesora francesa asesinada con tanta saña en su escuela... ¡Y el gobierno, por impotencia o indiferencia, qué más da, sin imponer su autoridad! ¡Todo se fue al garete! Se acabó el debate, la lucha política legal. Se impuso la otra, alimentada por toneladas de odio y de rencor. Y allí, en Buenos Aires, nuestros compatriotas perdían el tiempo haciendo cábalas sobre el desenlace de la guerra. “La bandera republicana volverá a ondear en toda España”, decía un patriota acalorado, sin más argumentos que sus propios deseos. Y los bobos que le escuchaban aplaudían. ¡Estúpidos!

VICTORIA.- Yo también compartía esa esperanza. Y lo hice durante años. Tú estás entre los que, como las ratas, abandonasteis el barco a la primera señal de que podía irse a pique. Te faltan credenciales para pedir cuentas y repartir reproches.

CLARA.- Aquella República estaba herida de muerte y, con ella, la democracia. Al final, ganara quién ganara, tenía que venir, por fuerza, una dictadura: la de Franco o la del proletariado. Nos tocó en suerte la de Franco.

VICTORIA.- ¿En suerte?

CLARA.- En mala suerte, si lo prefieres. Aunque para las personas liberales, la otra no hubiera sido mejor.

VICTORIA.- Te consuela que ganaran los militares.

CLARA.- No he dicho eso.

VICTORIA.- En tu fuero interno, preferías su orden al de los comunistas.

CLARA.- Ni unos, ni otros eran santos de mi devoción.

VICTORIA.- ¿Por qué regresaste a España?

CLARA.- Nunca lo hice.

VICTORIA.- Varias veces pusiste los pies en ella. La primera, cuando todavía humeaban los rescoldos de la guerra. No puede negarse que eres una mujer que no se piensa las cosas dos veces. Siempre te ha gustado ser la primera en todo. Fuiste la primera en huir de la quema y también la primera en sacar el billete de vuelta.

CLARA.- No sentía ninguna simpatía por el franquismo. ¿Qué motivos podía tener para ello? Simplemente, echaba de menos mi tierra. Pasé las navidades del cuarenta y siete en casa de una amiga. Fui de nuevo en el cincuenta, tal vez

en el cincuenta y uno. Quería quedarme definitivamente. El exilio se prolongaba...

VICTORIA.- El exilio fue largo para todos. Pocos tuvieron tanta prisa por regresar como tú. Yo misma, me negué a hacerlo mientras viviera Franco.

CLARA.- Trabajabas en Naciones Unidas. Mis medios de vida eran escasos...

VICTORIA.- Muchos sufrieron penurias económicas. No fuiste la única.

CLARA.- ¡Basta, Victoria! ¿Adónde quieres llegar? Una añora su tierra, suspira por volver, lo intenta, no lo consigue y, encima, tiene que dar explicaciones. Vine a España, sí. Pero no me quedé. Pude hacerlo. Me hubiera bastado con seguir los consejos de algunos amigos. Mi nombre estaba en las listas negras del régimen. “Te presentas voluntariamente al Tribunal de Represión y declaras”, me dijeron. Parecía un trámite sencillo. Y lo era. Tan sencillo como aceptar que los cargos que había contra mí se saldaban con doce años de cárcel, que me serían perdonados si denunciaba a mis correligionarios y abjuraba de las manifestaciones anticlericales formuladas a lo largo de mi vida. Ese era el trato. No lo acepté. Regresé al hotel, hice las maletas, pedí un taxi y me fui a Barajas. Pudieron detenerme y no lo hicieron. Sobre mí pesaba una orden de búsqueda y captura. Llegué a Buenos Aires desesperada y enferma. Alguien me dijo en cierta ocasión que los españoles que viven en el extranjero no quieren volver a España. No es mi caso. Por eso insistí. La última vez no crucé la frontera. Viajé hasta Irún en tren. Allí supe que podían detenerme. También se me sugirió que, si era tanto mi empeño por establecerme definitivamente en España, hiciera como otros, que me entregara y me sometiera a proceso. Ni legal, ni moralmente, merecía semejante trato. Pero era el camino. La condena no sería tan grande que dificultara mi indulto. En poco tiempo me vería en la calle. ¡En libertad! En libertad, sí, gracias a un rasgo de generosidad de Franco, ¡gracias, Excelencia!, pero, sobre todo, manchada por una condena injusta. Era un mundo al revés. **(Con amarga ironía.)** Al cabo, me salí con la mía. Por una vez no tuve dificultades para quedarme en España. Es verdad que no volví a pisar su suelo, pero mis cenizas pasaron la aduana y fueron mezcladas con su tierra.

VICTORIA.- Me resulta tan extraño oír esto. Se dice que el exilio es doloroso, y, sin duda, lo es. Tus palabras, si son sinceras, y no tengo razones para dudar de ellas, lo

demuestran. En mi caso, también he deseado su fin. Sin embargo, nunca he sentido esa angustia que ha amargado la vida de tantos, la tuya sin ir más lejos. He vivido el mío con serenidad y me pregunto si eso es una rareza, si entra en la categoría de lo extraordinario. Casi me da vergüenza decir que, a pesar de todo, mi exilio ha sido afortunado.

(Las dos guardan silencio. VICTORIA agita el vaso de whisky y bebe con delectación.)

CLARA.- ¿Lo ha sido?

VICTORIA.- ¿El qué?

CLARA.- Tu exilio...

VICTORIA.- ¿Afortunado? **(Medita unos segundos.)** No me quejo. He conocido a gentes magníficas, he hecho buenos amigos, he dado con una persona maravillosa que ha transformado mi vida...

CLARA.- ¿Luisa Crane?

VICTORIA.- Ella me ha proporcionado la tranquilidad y el bienestar que he disfrutado en estos años. Hace veinte que vivo aquí, en este piso. Es suyo.

CLARA.- **(Paseando la mirada por la estancia.)** Tienes razón. El tuyo, ha sido un exilio envidiable. Te felicito.

VICTORIA.- Gracias. Y ahora, Clara, si no te importa... Espero una llamada importante. Y una visita. La del Cónsul. Él también quiere felicitarme. No por mi exilio dorado, claro. Por la condecoración. No tardará en llegar. Su residencia está justo enfrente de este edificio. No tiene más que cruzar la acera... **(CLARA desaparece.)** ¡Clara! Ha salido de estampida, como alma que lleva el Diablo. **(Encogiéndose de hombros, divertida.)** Es sólo el Cónsul General en Nueva York, no el Rey de España.

(VICTORIA apura el whisky. Suena el teléfono.)

Quinto encuentro

**Un atardecer de mediados de septiembre de 1987, en
Nueva York.**

Una habitación del hospital Lenox Hill.

VICTORIA KENT está sentada en una silla de ruedas.

**Entra CLARA CAMPOAMOR, con uniforme de
enfermera.**

VICTORIA.- Gracias a Dios. Ya estaba impaciente.
Temía que no vinieras.

CLARA.- Recibí tu recado.

VICTORIA.- ¿Alguna dificultad para entrar?

CLARA.- Con este uniforme, ninguna.

VICTORIA.- No quería que registraran tu nombre en la
recepción. Son muy estrictos. Sobre todo en mi caso.
Sabían que no deseo recibir visitas, a excepción de la de
Luisa y la de unos pocos amigos. No me agrada que me
vean en este estado.

CLARA.- Aquí estoy. ¿Puedo saber para qué? No puede
decirse que nuestros anteriores encuentros hayan resultado
agradables.

VICTORIA.- Acércame a la ventana. Me gusta ver la
puesta de sol.

**(CLARA empuja la silla hasta situarla frente a la
ventana.)**

VICTORIA.- Ábrela.

CLARA.- (Obedece.) La tarde está fría.

VICTORIA.- No importa. El aire de Manhattan no
mata. Por lo menos conmigo no lo ha intentado en los
treinta y siete años que llevo en la ciudad. Y si lo ha
intentado, le ha salido el tiro por la culata. Otros enemigos
me están haciendo más daño. Cuando no es la anemia es la
artritis y, ahora, el derrame cerebral. Aparentemente, cosa

de poco, pero me tiene atada a esta maldita silla de ruedas. “En unos días, le daremos de alta”, me dicen. Yo no me lo creo. Estoy convencida de que nunca saldré por mi pie de este hospital. Y de que ellos lo saben. Luisa también. Me lo ocultan. Creen que así me evitan sufrimientos. ¡No es necesario que me mientan! La muerte es un accidente desprovisto de importancia. La aguardo sin el menor alboroto, tranquilamente. Estoy lista.

CLARA.- Admiro tu serenidad.

VICTORIA.- Si acaso, lamento morir lejos de España. Estuve allí en el setenta y siete y al año siguiente. No he vuelto. No ha podido ser. Dos veces lo he intentado, la última hace apenas unos meses. Me hubiera gustado recibir la Gran Cruz de manos del Rey. Pero los achaques de la edad me lo impidieron. No estoy para esos ajetreos. Tengo demasiado plomo en las alas.

(VICTORIA calla y contempla el exterior.)

CLARA.- ¿Me has hecho venir sólo para que te abra la ventana?

VICTORIA.- Por supuesto que no. Puedes cerrarla ya. ¿Te importa? **(CLARA la cierra.)** Gracias. En el armario hay un maletín. ¿Me lo acercas?

(CLARA lo hace con indisimulada displicencia.)

CLARA.- ¿Éste?

VICTORIA.- **(Apoyando el maletín en el regazo.)** Quiero enseñarte algo.

(De su interior saca las marionetas que reproducen sus figuras. Se las calza en ambas manos y las agita en el aire. CLARA no puede disimular su sorpresa.)

CLARA.- ¿Esas marionetas?

VICTORIA.- ¡Tú y yo!

CLARA.- ¿De dónde las has sacado?

VICTORIA.- Forman parte de mis recuerdos. Antes de entrar en el hospital he hecho buen acopio de ellos. El armario y mi cabeza están llenos. Los he traído a cientos. **(Prestando su voz a las muñecas.)** Señorita Campoamor, ¿se reconoce en ese esperpento?

CLARA.- (Riéndose.) ¿Ésa soy yo?

VICTORIA.- (Como en barraca de feria.) ¡Pasen y vean! ¡Una criatura extraordinaria, un fenómeno! ¡No es hombre, ni es mujer! ¡Lo nunca visto: un raro ejemplar de abogado sea el que sea su sexo!

CLARA.- Le dijo la sartén al cazo.

VICTORIA.- (Dejando caer los brazos.) Bien se reían de nosotras.

CLARA.- ¿Tanta gracia les hacíamos?

VICTORIA.- Éramos unas extravagantes.

CLARA.- Que hicimos lo que no hicieron ellos.

VICTORIA.- ¿Quién reconocía nuestros méritos?

CLARA.- Mucha gente.

VICTORIA.- Los míos, ni tú.

CLARA.- Discrepábamos en algunas cosas...

VICTORIA.- Nuestros rifirrafes parlamentarios fueron motivo de burla para sus señorías. Nos tomaban a chacota.

CLARA.- Tu trabajo en la Dirección General de Prisiones recibió juicios muy favorables.

VICTORIA.- Por eso me cesaron. “En el Consejo de Ministros hemos logrado por fin ejecutar a Victoria Kent”, dijo Azaña. “Ha fracasado. Demasiado humanitaria y pocas dotes de mando. No hay disciplina en las prisiones, los presos se van de vacaciones sin otro requisito que dar su palabra de honor de que volverán, entran y salen como Pedro por su casa y el que quiere se fuga”. Y don Manuel, hombre sabio y respetado, se quedó tan fresco. Mejor me hubiera ido si, en lugar de meterme en camisa de once varas, hubiera seguido los consejos de aquél baboso que me dijo: “Tenerla a usted en el Parlamento es un lujo, pero que hable tanto de cosas que no entiende, convierte su presencia en un serio inconveniente. ¿Por qué no se esfuerza en estar calladita? Yo me ocuparé de rodearla de prestigio, de mimarla y de hincharla de autoridad hasta dar a sus faldas la pomposa amplitud de los miriñaques”.

CLARA.- ¿Te arrepientes de no haber hecho caso a ese individuo? Yo le hubiera partido la cara.

VICTORIA.- Puestas así, Azaña también se hubiera merecido una bofetada.

CLARA.- ¿Por qué no se la propinaste? Yo se la di, epistolar, a mi jefe Lerroux.

VICTORIA.- Manos blancas, no ofenden.

CLARA.- Victoria, no te reconozco.

VICTORIA.- ¿Qué conseguiste, querida? (**Alzando la marioneta que representa CLARA e imitando su voz.**) Don Alejandro, ¡ahí se queda! Su conducta está consiguiendo que las derechas invadan, absorban, desmedulen y hagan trizas la República siguiendo no se sabe bien que secreto designio, propósito o anhelo. Ya no es el líder de las libertades y de la justicia. No puedo estar conforme con nada de lo que viene sucediendo bajo su égida política. En adelante, no cuente conmigo. (**Interrumpiendo la actuación.**) Unos decían que Lerroux, al verse compuesto y sin novia, se echo a temblar. Pero otros daban otra versión...

CLARA.- La conozco.

VICTORIA.- Aseguraban que, leída la encendida carta, la tiró a la papelera al tiempo que exclamaba: para la tortilla que estoy haciendo, sobra la clara.

CLARA.- ¡Es falsa!

VICTORIA.- Pero podría haber sido verdad.

CLARA.- ¿Adónde quieres llegar?

VICTORIA.- A que reconozcamos que somos dos perdedoras.

CLARA.- ¿Para eso me has llamado?

VICTORIA.- Sí.

CLARA.- ¿Quién podría imaginarse que la combativa Victoria Kent, la que se ha hartado de decir que lo bello es luchar por una noble causa, no creía sus propias palabras? Eres menos que tu propia sombra.

VICTORIA.- Ya no es hora de fingir. Al hacer balance definitivo, las máscaras que hemos llevado puestas, se caen y mostramos nuestro verdadero rostro.

CLARA.- Jamás he usado máscara. Siempre he ido a cara descubierta. Cuando me atacabais en el parlamento con tanta saña, con aquél odio que nadie se molestaba en disimular, yo me apoyaba con todas mis fuerzas, que eran muchas, en la causa que defendía. Sufrí arañazos y heridas. Desconocíais mi temple. Me mantuve firme y así fue como logré sacar adelante el voto femenino. Es lo único que ha sobrevivido a la República. Eso se me debe. Todo lo doy por bien sufrido.

VICTORIA.- Nadie te debe nada.

CLARA.- ¡Me niego a aceptarlo!

VICTORIA.- ¿Qué importa que lo aceptes o no? ¿Alguien te ha pagado la deuda? ¿La ha reconocido siquiera? ¡Soy toda oídos! (**CLARA no responde.**) Sigues siendo tozuda. El voto femenino... ¡Menuda conquista! La mujer sigue dónde siempre estuvo.

CLARA.- ¡No es cierto!

VICTORIA.- Puede, puede que no lo sea del todo. Pero, ¿quién te dice que lo poco que ha avanzado no le deba más a la labor de la Sección Femenina que a la conquista del sufragio?

CLARA.- ¡Una institución franquista!

VICTORIA.- Creada por otra mujer.

CLARA.- (**Con desprecio.**) Pilar Primo de Rivera.

VICTORIA.- ¿Qué tienes contra ella?

CLARA.- ¡¡No lo sé!!

VICTORIA.- ¿Tal vez el apellido?

CLARA.- Un régimen que niega las libertades no puede alumbrar nada bueno. Lo sabes tan bien como yo, pero quieres hacerme daño. En el fondo, me envidias. Envidias mi obra. Di de mí lo que quieras, búrlate, utilízame como diana de tus sarcasmos, no te prives si eso te hace feliz, pero respeta mi obra. Es lo único que queda de mi juventud batalladora.

VICTORIA.- ¡Pobre cosecha! La tuya y la mía. ¡Tanto como sembramos! Nos comíamos el mundo y el mundo nos ha devorado. Somos dos perdedoras, insisto. ¿Soñaste alguna vez con que tu busto estuviera en el Parlamento? (**Alzando la marioneta que representa a CLARA.**) Mira a lo más que se ha llegado. A fabricar un títere para hacer reír a la gente, una mala caricatura...

(CLARA, furiosa, le arrebató la marioneta. La golpea contra los pies de la cama hasta destruirla. Arroja al suelo el amasijo de cartón y tela. VICTORIA la ha observado sin decir palabra. Las dos mujeres se miran.)

CLARA.- Nunca antes te la había dado. Pero no me duele hacerlo ahora. Tienes razón. El resultado de nuestra lucha no ha podido ser peor. Me pregunto si verdaderamente merece la pena hacer algo en la vida. Derroché pasión y vitalidad y, de repente, cuando todavía me sobraba energía y estaba dispuesta a emplearla en tantas cosas como quedaban por hacer, sucede algo terrible que me saca de mi ambiente. No he logrado acostumbrarme a vivir fuera de él. Apenas lo he intentado. Y si alguna vez lo he hecho, ha sido para plegar velas enseguida. La última, en Suiza. Para convencerme de que todavía quedaba en mí una sombra de lo que fui, para tratar de impedir que la falta de estímulos me condenara al descanso forzoso, acudía a las reuniones de algunas asociaciones femeninas, pero eran tan ñoñas que sólo conseguían irritarme y traer el recuerdo de nuestras benditas querellas. Hablo de cosas que tenía olvidadas antes de cruzar esa puerta. ¿Por qué me has abierto los ojos cuando ya los tenía cerrados? ¿Por qué me has invitado a acompañarte en este buceo doloroso en el pasado?

(VICTORIA no responde. Contempla su marioneta. Le acaricia el rostro y el pelo con mimo.)

VICTORIA.- No quería sumergirme sola en los recuerdos y, de quiénes podían venir conmigo, nadie mejor que tú. Hemos sido rivales, sí. Ahí está el testimonio de esas viejas querellas a las que te referes. Pero tenemos muchas cosas en común. Nuestra profesión. Las dos, licenciadas en derecho. Tuvimos despacho abierto. Y entre nuestros clientes, algunos procesados por la sublevación de Jaca. Luego, el gusanillo de la política nos picó al mismo tiempo. Vino el exilio. ¡Y las dos estamos solteras!

CLARA.- Es cierto. ¿Por qué no te casaste, Victoria?

VICTORIA.- No sentía la necesidad del otro sexo. Puede que fuera una incapacidad mía. O puro egoísmo. El

caso es que, con el tiempo, llegué a añorar un hogar. Luisa me lo dio. Y conseguí tener lo más parecido a una familia, a base de ganar y conservar amigos. No hay mejor alivio para los golpes que recibimos que su apoyo. Y tú, ¿por qué no te casaste?

CLARA.- Cuando pude hacerlo, estaba demasiado preocupada por mi futuro profesional. Después, no sabría decirlo. Ni tampoco sé por qué no practiqué, al contrario que tú, el culto a la amistad.

VICTORIA.- ¿Te hubiera gustado tener hijos?

CLARA.- ¿Y a ti?

VICTORIA.- Adoro a los niños.

CLARA.- Yo prefiero no haberlos tenido. Bonita herencia la que les hubiera dejado.

(VICTORIA, que en ningún momento ha dejado de acariciar a la marioneta, empieza a arrancarle el pelo y, cuando deja la cabeza pelona, la descuartiza lentamente sin mostrar emoción alguna.)

CLARA.- Victoria, no hemos arreglado el mundo. Y ahora es tarde para lamentarlo. Si no mandas otra cosa, la enfermera se despide.

VICTORIA.- ¿Te vas? **(CLARA asiente.)** Hasta nunca, querida.

(CLARA se dirige hacia la puerta. Se vuelve para enviar el último adiós.)

VICTORIA.- ¿Dices?

CLARA.- Nada, no he dicho nada.

VICTORIA.- Me ha parecido... **(Se lleva las manos a las sienes, como si algo la aturdiere.)** Perdona. No eres tú.

CLARA.- Estamos solas.

VICTORIA.- Es aquí dentro, en la cabeza. ¿No oyes? Una voz de hombre. La conozco. ¿Qué haces ahí, Leonchu?

(CLARA acude junto a VICTORIA.)

CLARA.- No hay nadie.

VICTORIA.- (Muy bajo, para que él no la oiga.) Fue el primer hombre de mi vida. Le conocí en la Residencia de Señoritas. Acababa de morir mi madre y él fue mi consuelo. Antes de terminar la comida, venía derecho a donde yo me encontraba y me cogía del brazo para que no me escapara. Leonchu me quería con locura. Y yo a él. Tenía cinco años. Ahora me está hablando de cuando, en verano, íbamos de vacaciones a Hendaya. Cada año, todo su empeño era que, al regreso, llenáramos nuestros bolsillos con arena de la playa, para construir una ¡muy grande! en el patio de la Residencia. Yo le decía que pasarían muchos años antes de que pudiéramos pasear descalzos por ella. (Al imaginario Leonchu.) Ojalá la hubiéramos traído. La hubiera depositado en tu tumba.

CLARA.- ¿Murió?

VICTORIA.- El treinta de septiembre del 36, a los veinticuatro años. Estalló el laboratorio de explosivos de guerra en el que trabajaba. Su fresca sonrisa quedó para siempre lejos. Cuando dimos sepultura a aquél mono azul que llevaba dentro un hombre, me hubiera gustado que la primera paletada de tierra fuera arena de la playa de Hendaya. Yo tuve la culpa de que no pudiera ser. Si le hubiera hecho caso... Quizás quiera reprochármelo. (De nuevo a Leonchu.) ¿Vas a hacerlo? [...] No te entiendo... Te oigo tan lejos. Acércate.

CLARA.- (Escucha.) ¡Está muy cerca! (Mirando a su alrededor, tratando de localizarle.) Es posible que forme parte de los recuerdos que has traído al hospital.

VICTORIA.- ¿Leonchu aquí? ¿Dónde?

CLARA.- Se esfuerza por decirte algo.

VICTORIA.- ¿El qué?

(CLARA escucha atentamente. Su rostro transmite una emoción contenida.)

CLARA.- Dice que un puñado de arena no hace playa, pero que si cada bañista de Hendaya se hubiera llevado

uno, solamente uno, y todos lo hubieran depositado en un mismo lugar, ahora la playa estaría allí y no en Hendaya.

VICTORIA.- (Sonríe.) Pero hubiera pasado tanto tiempo, que el que cogió el primer puñado no habría llegado a conocerla.

CLARA.- Leonchu está convencido de que los obreros que cavaron las zanjas para echar los cimientos de la catedral de Toledo no llegaron a conocer a los que pusieron la última piedra y que, sin embargo, ahí está la catedral.

VICTORIA.- Leonchu siempre fue un niño muy listo.

CLARA.- Dice que fuiste su maestra.

VICTORIA.- Maestra de atar escobas. **(A Leonchu.)**
¡Sal de tu escondite, perillán!

CLARA.- No quiere. Está, muy, muy enfadado.

VICTORIA.- ¿Conmigo?

CLARA.- Ha oído nuestra conversación y no comprende tanto empeño en mostrar como inútil o insuficiente cuanto hicimos. Dice que, en aquella tarea, no fracasamos, que el fracaso está en que rememoremos aquellos hechos con amargura. Uno llega hasta donde los demás le dejan o sus fuerzas se lo permiten. Otros vienen después a continuar la tarea, y, en algún momento, alguien la concluye. El resultado es obra de todos. No tiene la menor duda de que nosotras hicimos a plena satisfacción nuestros deberes. Deberíamos estar orgullosas de ello y de nuestras cicatrices, de sentir las en la piel y en las entrañas. Trabajamos para el futuro, aunque no lleguemos a verlo. Leonchu piensa que si no fuera cierto lo que dice, que si nosotras no lo entendemos de la misma forma que él, tendría que llegar a la conclusión de que su muerte tuvo tan poco sentido como nuestras vidas, de que fue un accidente desgraciado que no sirvió para nada. Él siempre creyó que otro había cogido el testigo que dejó, como hacen los deportistas en las carreras de relevos. Ahora no está tan seguro, por culpa nuestra.

VICTORIA.- Dile que no nos haga caso, que somos dos viejas estúpidas. Que soy como soy por culpa de mi temperamento. Es una defectuosa verruga de mi carácter. Dile que no deje de hablar.

CLARA.- ¿Puedo añadir que sus palabras están abriendo el cielo delante de nuestros ojos?

VICTORIA.- También.

(CLARA se arrodilla junto a la silla de ruedas. Coge, entre las suyas, las manos de VICTORIA. Sobre el escenario se proyectan imágenes de una playa desierta. Es una superficie deformada por el soporte irregular que la acoge: el suelo y las paredes de la habitación. Los muebles y los cuerpos inmóviles de las dos mujeres dan la sensación de estar semienterrados en la arena. Figuras humanas, que parecen desprendidas de un álbum de fotos, van poblando a aquel paisaje. Nunca llegan a estar todas reunidas. Las aguas que barren la playa borran las huellas de los que se ausentan y, en su lugar, quedan marcadas, también brevemente, las de los que van llegando. Aquellos seres tuvieron nombre y apellidos, aunque al verlos no seamos capaces de reconocerlos a todos. Junto a personajes inconfundibles -Margarita Nelken, Dolores Ibárruri, Federica Montseny, Manuel Azaña, Castelao, Largo Caballero, o Fernando de los Ríos- desfilan otros que nunca salieron del anonimato, como aquel miliciano captado por la cámara de Robert Capa en el momento de ser abatido al saltar, fusil en alto, de la trinchera.)